

Imprescindibles, ¿para qué?

Víctor MORENO*



Si algo me queda claro a lo largo de mi vida como lector es mi falta de devoción por los libros imprescindibles. Ignoro de qué carencias o de qué virtudes puede ser síntoma el hecho inexcusable de considerar que ningún autor, por muy canónico que sea, que ninguno de sus libros, por muy ensalzado que haya sido por la crítica, goza de ese carácter imprescindible, un adjetivo ponderativo que roza las esencias de lo inefable.

Durante años he agradecido a los críticos que aplicaran a una obra el adjetivo imprescindible. Era la señal clara y nítida de que aquel libro no merecía la pena. Alguien considerará que exagero, pero sostengo que ni un ápice. Pues tengo probado que ninguna de las novelas, consideradas en estos veinte años como imprescindibles por la

39

crítica académica y militante, forman parte del denominado acervo literario actual. Y existen contradicciones alarmantes. Críticos que son capaces de calificar una obra con ese carácter de absolutamente necesaria y que, al ser requerido meses más tarde para que señale cuáles son las obras de la década, se olvidan, precisamente, de aquéllas que consideraron con la vitola de lo imprescindible.

Yo he recorrido mi biblioteca y tengo que darles una noticia, que no sé calificar si de buena o mala: no tengo libros imprescindibles en ella. Muchos de esos libros, la mayoría, no pudieron leerlos Cervantes, Quevedo, Baudelaire, Clarín o Flaubert. Constatar este hecho me consuela. Me consuela saber que Baudelaire fue el poeta que fue sin necesidad de leer a Eliot, a Pound, a Holan, o a los novísimos, ni a Gimferrer ni a Gil de Biedma, con todo lo imprescindibles que deben ser toda esa pléyade de vates.

* Profesor y autor de varios libros sobre actividades relacionadas con la práctica de la lectura y la escritura, como *El juego poético en la escuela*, *El deseo de leer*, *El deseo de escribir*, *Va de poesía*. Ha publicado también *De brumas y de veras*.

En fin. Indagando en esta falta mía de propensión hacia lo imprescindible he juzgado que, quizás, se deba a mi frialdad o distanciamiento afectivo que puse siempre a la hora de leer un libro. O mucho más radical: quizás no valore la literatura, en sí misma considerada, como un valor absoluto en la vida. De ahí, que ningún libro, ni autor, tengan para mí esa categoría tan estupenda de lo imprescindible.

Sé que puedo perfectamente prescindir de los libros sin que nada en mi vida se resienta. Lo he hecho muchas veces: meter los libros en el congelador y pasar así temporadas enteras sin leer. Paradójicamente, nadie, ni los más perspicaces aprendices de Somerset Maugham —éste decía que le bastaba saber qué libros leía alguien para deducir su comportamiento— se percataron de mi renuencia lectora. Y ya es sabido que quien no lee, lleva una vida triste (Corpas dixit); no se realiza como hombre (Lledó dixit); y no entiende el mundo (Cotroneo dixit). Sin ningún género de dudas, yo, durante un montón de meses, llevé una vida arrastradísima y, sin embargo, nadie se percató de ello. Ni siquiera los seres más queridos y más cercanos. Al contrario, éstos me aseguraron que nunca como en los días de mi abstinencia lectora me había comportado más amable, más disponible y más más.

Ironías aparte, diría que, si mi memoria selectiva no me engaña, sólo en la adolescencia —época en la que efectivamente la literatura fue para mí el signo inequívoco de lo vicariante, de lo que me hacía vivir y soñar lo que el imperativo categórico de la realidad se empeñaba en negarme—, he sido capaz de integrarme totalmente en un libro, con el corazón y con la mente. Después, no.

40

Después, ninguno de los libros que leí lograron otorgarme esa “conmoción traumática y transcendental” que la experiencia estética puede o puede llegar a ser, en palabras de Steiner y de C. S. Lewis. Siento constatarlo para quienes están abonados a un fácil fundamentalismo lector, pero yo nunca he logrado ser una persona distinta después de haber leído a Joyce, Proust, Kafka, Kraus, Dostoievski, Stendhal. Nunca he logrado atravesar los límites de la rutina más vulgar. en la que siempre viví. Ni antes, ni durante y, lo más importante, después de leer a Dante, a Conrad o a Corín Tellado. Ningún libro me ha hecho muescas en el alma.

Constar que atribuyo a mis actos lectores la misma categoría existencial y valorativa que al acto de ver televisión, por ejemplo, quizás me lleve a no captar el fondo profundísimo y transcendental que para mi alma y mi bazo se ventila en el acto de leer a Kant o a Petrus Borel.

Y, también, es verdad que yo siempre leo del mismo modo, se trate de un horóscopo, de una crónica deportiva, de un prospecto farmacológico o de una novela de Vargas Llosa, aunque, últimamente, lea más crónicas deportivas que relatos del lituma español. Leo siempre con los cinco sentidos. Intento que no se me escape una, aunque el soporte sea, como digo, un artículo de Trapiello o de Joubert.

Cuando un crítico o un escritor, señala el carácter imprescindible de algún libro o de algún escritor, lo habitual es que no aporte razón alguna, ni siquiera subjetiva —¿hay

otra?— de dicha opinión contundente. Y cuando la aduce, se hace a agua pasada. Hablar del carácter imprescindible de ciertas obras que ya son canónicas gracias a una tradición más o menos dogmática e interesada que así lo sean, no sé si tiene mucho mérito, ni clásica perspicacia

El calificativo de imprescindibles se viene otorgado gracias a una concepción lineal y conductista de la evolución en la creación literaria. Una obra es imprescindible, se argumenta, porque sin ella no se entendería la que vino después. Dicha acrobacia mental, además de dejar en muy mal lugar el concepto de autoría y de originalidad, un concepto del que cada vez los escritores de hoy prescindien más, supondría que para hacernos idea cabal de una obra, no sólo tendríamos que leerla, sino leer aquella de la que supuestamente proviene, y ésta de la anterior, y así sucesivamente. Con lo cual, el concepto mismo de imprescindible comenzaría a no serlo tanto. Claro que, cuando se encuentran con una obra, que no responde a esos modelos inmobiliarios, made in Procusto, cual es el caso de *Impresiones de África*, de Roussel, entonces, nadie se atreve a decir nada significativo, ni prescindible ni imprescindible.

Después de lo dicho, me temo que, al ser mi concepto de lo imprescindible tan poco consistente y científico, aquellos libros, que yo podría sugerir como tales, tienen que ser, por lógica, prescindibles del todo. Veamos.

Lo primero que observo al rescatar unos títulos es que se trata de obras de las que apenas recuerdo. Yo no tengo memoria para estas evocaciones y siempre me ha sorprendido la capacidad que tienen algunos escritores para hablar de una novela con tanto detalle y minuciosidad. ¿Será porque vuelven a leer de nuevo dichas novelas o porque copian, manipulando y transformando, algunas sugerencias críticas que guardan en sus hemerotecas particulares?

Yo no recuerdo casi nada de las novelas que leí, pero sí al sujeto que las leyó. Por eso, algunas novelas, algunos textos, me resultan imprescindibles, no para erigir un mapa literario de mi persona —como pretendía de sí mismo W. Benjamín y que E. Lynch ridiculizaba en términos sarcásticos—, sino un mapa temperamental quien leía aquellas obras.

No me pregunten cuál es la estructura, ni la focalización, ni la fuerza extraordinaria del verbo de Céline, o dicho con más propiedad de su traductor, en su *Viaje al fin de la noche*, pero pregúntenme acerca de quién era el lector que entonces se sumergía en aquel texto con tanto asombro.

Viaje al fin de la noche me sirvió, sobre todo, ahora lo sé muy bien, para saber que existían personas que no veían más allá de sus fobias y filias políticas, como eran algunos compañeros trotskistas míos de Universidad y que me preguntaban todo estupefactos cómo podía leer a un nazi y a un fascista. Algo que también se pregunta y lamenta J. E. Ayala-Dip, que ya no es joven, pero sí censor, mostrándose enfadadísimo en *Babelia* de que alguien lea a Céline ya que “era una mala persona, muy mala persona”.

Quizás deba a aquella lectura el hecho de que me interesen las novelas de quienes son considerados malas personas, porque, al menos para mí, tienen la virtud de poner en tela

de juicio el tan manido tópico de que ética y estética son ideas afines o clónicas. En esta tierra, quien mejor para mi gusto revoca esa identidad es el autor de *Las pirañas*, que nombro aquí con carácter imprescindible, evidentemente, dada su contundencia en confirmar la difícil convivencia entre ética y estética, y eso siempre resulta confortante para un lector, más o menos plano, más o menos ingenuo.

Y hablando de personas diré que no conocí en directo a Witold Gombrowicz, ni tampoco sé si me hubiera gustado hacerlo, pues la mayoría de los escritores que he conocido, a excepción de Pablo Antoñana, Bernardo Atxaga y de Carlos Pujol, no me gustaron como personas. Digo que ni siquiera sé, si en la época en que leí su *Ferdydurke*, me hubiera gustado tropezarme con alguien que ponía en solfa a Borges, y no porque tuviera este higiénico gesto antiborgiano —a Borges se le cita hasta en los discursos políticos y deportivos, ¿cuándo acabaremos con él?—, sino porque mi inmadurez no se correspondía, desde luego, con la inmadurez que él alentaba en su novela. No, no esperen que les describa los valores literarios e ideológicos, o los que fueran, de dicha novela, porque no tengo ni aproximada idea de los mismos. Pero ¡ya lo creo que imagino al maestro que entonces leía aquella aventura y que sólo tímidamente recuerda cómo empezaba pero no cómo terminaba! Aquella lectura me descubrió al maestro *cuculáceo* que era y en el que me convertiría, si no ponía remedio de inmediato. En cuanto a la trama, al desarrollo de la misma, el lenguaje y la *diégesis*, estupendos. No recuerdo ni una coma de ellos.

42

Sí recuerdo, en cambio, las comas de *Volverás a Región*. Las comas y el aburrimiento. Jamás en mi vida he experimentado un aburrimiento tan exacerbado como el que viví leyendo esta obra de Benet, mucho más que leyendo a Joyce.

De ahí que elija esta novela como ejemplar único para justificar la teoría de lo imprescindible por aburrido. Yo era muy joven entonces. Diecinueve años. Entrar en aquella región me supusieron dos sacudidas interiores.

Una, ya lo he dicho, el sopor. Hasta la fecha, mi vida de lector era un paseo de gozo y aventura. Leer hasta entonces era incompatible con algo tan vil y tan rastrero como el hastío. Y de pronto, allí estaba él: enorme, compacto, uniforme, sin fisura alguna: el aburrimiento. He estado toda la vida agradecido a esa novela porque me ayudó a descubrir muy pronto que había novelas aburridas. Más aún, que las novelas más aburridas del siglo se correspondían con las novelas que los críticos catalogaban como imprescindibles.

La otra, la novela en sí, *Volverás a Región*, me dejó perplejo para una larga temporada. Hasta encontrarme con ella, yo sólo había leído, además de novelas divertidas, novelas. ¿Aquello era una novela? Pregunté a la bibliotecaria si lo era. La bibliotecaria me respondió que no la había leído, pero que si el libro estaba en la estantería de las novelas, entonces sería novela. Lo sería, ciertamente, pero para mí, en aquella edad temprana e incierta, *Volverás a Región* más me parecía un tratado de geología que una fábula.

Volverás a Región me sirvió para conocer que existían novelas que no lo parecían y educar mi gusto en una dirección que, con el tiempo, tendría muy poco de benetiano, espe-

cialmente, cuando a renglón seguido me sumergí en *Huracán en Jamaica*, libro al que entregué de forma ininterrumpida mi tiempo, coito lector que jamás fue posible con *Volverás a Región*, que aquél siempre fue interruptus. Tan interrumpido que, terminada su lectura, jamás regresé a ella.

Una última intimidad. *Memorias privadas y confesiones de un pecador justificado*, de James Hogg, es el único libro que me sigue provocando pavor cada vez que lo traigo a mi memoria. Ningún libro, pero sí el personaje ciego Pew de *La isla del tesoro*, logró jamás producirme tanto desasosiego en el cuerpo y en la mente como el de este escritor, del que ahora sólo recuerdo que era escocés y que vivió en el XVIII. Fui incapaz de leerlo en una habitación cerrada o abierta, con vistas a la montaña o al mar. Me vi obligado a enfrentarme a su texto al aire libre y rodeado de gentes. Necesitaba estar cerca de los otros, para sentir la seguridad de que, mientras lo leía, no iba a sucederme nada desagradable. Más todavía: cuando puse fin a esta terrorífica historia, pasé varios días acojonado perdido. Temía que algo sorprendentemente negativo iba a sucederme. Soñé varias semanas con el protagonista y ni en sueños conseguía hacerme amigo suyo. Incluso hoy día ni me atrevo a dar cuenta de este libro que descubrió para Europa A. Gide y al que otorgó la categoría de "gloria literaria". ¿Gloria literaria? Para mí siempre tuvo la consideración de gloria terrorífica. Gracias a él recuerdo que una vez pasé miedo, mucho miedo, y eso que mi edad no estaba ya para permitirse tales achuchones psicológicos.

En fin, si los libros son imprescindibles, en mi caso lo son para recordarme al sujeto que fui en circunstancias muy concretas. Mucho más que para evocarme la estética o la estilística de sus páginas, que, en ocasiones, y esto lo sé después de visto, no son, a veces, muchas veces, nada brillantes, ni perfectas. O sea, nada imprescindibles.